de una ventana, sacó de su bolsillo una bolsa, la agitó, é hizo sonar y brillar las monedas que contenia.

—¡Mucho dinero me ha dejado mi padre—murmuró.—¡Demasiado dinero!—¡Quinientos francos! tanto dinero para unos cuantos dias y para mí sola. ¡Qué locura! De seguro que no los gastaré.... pero tampoco los economizaré. Todo será para mis pobres.

Sin preocuparse del excesivo calor, la hija de Julio Leroux se puso un sombrero grande de paja adornado con un bouquet de flores del campo, metió en su bolsillo veinte francos en diferentes monedas, cogió una sombrilla de tela de igual color que su traje, y se dispuso á salir.

En el vestíbulo encontró á José, su criado.
—Señorita Juana -dijo.—Mónica desea saber si mientras está vuestro padre ausente comereis á la hora de costumbre.

—Decid á Mónica que la molestaré poco—contestó la niña sonriendo.—Nada habrá menos regular que mis comidas durante la ausencia de mi padre. Comeré á cualquier hora y sin sentarme á la mesa. Con poco tendré bastante: pan . . leche . . . frutas, un trozo de carne fiambre durará toda una semana. Que no encienda la cocina. Sería inútil. ¿Habeis entendido?

—¡Sí, señorita Juana, he comprendido!.... Felizmente no soy una béstia.

Y se. retiró furioso, hablando entre dientes:
—¡Qué no encienda la cocina! ¡Vaya una idea! ¡Oh, los señores! Si la señorita quiere morirse de hambre, que sea enhorabuena. Esto á mí no me conviene, ni poco ni mucho, trabajar con el estómago vacio. ¡Ah! ¡pero no! ¡poco de esto, Sesette! Mónica estará de acuerdo conmigo para guisar buenos trozos de carne; si no, dejo la casa y en paz. Esto no hace ya honor á un criado sirviendo en casa de un banquero en bancarrota, segun dicen.....

Juana no podia sospechar la tormenta que habia levantado en el estrecho cerebro del criado gloton.

Salió del castillo y emprendió su vuelta habitual á las chozas inmediatas de sus protegidos.

A pocos pasos del parque encontró al cura del caserío.

El digno sacerdote se acercó apresuradamente á la niña. Julio Leroux, Lazarine y Renée no hacian alarde alguno de impiedad, pero en materia de religion profesaban una indiferencia absoluta.

El ex-banquero, á su llegada á Hojas-Verdes, dejó por pura política una tarjeta en casa del cura y no volvió á ella. Ni el padre ni sus hijas mayores ponian ja-

mas los piés en la iglesia.

Juana, por el contrario; piadosa por instinto, iba á misa todos los domingos y sostenia con el buen sacerdote frecuentes conversaciones... Este le indicaba los enfermos que debia visitar, los desgraciados que podia socorrer; se hacía, en una palabra, el guia y consejero de la ardiente é inagotable caridad del ángel bueno.

Los recursos bien limitados de la jóven no la consentian hacer grandes limosnas; pero las daba con tanta gracia, que los pobres se consideraban casi ricos cuando recibian de su mano su humilde socorro acompañando frases de con-

suelo.

-Buenos dias, señor cura-dijo la niña,

acompañado de una sonrisa.

-Buenos dias, señorita Juana. No tengo necesidad de preguntar á donde vais.... Sé de antemano donde os conduce vuestro buen corazon.

—Vey á visitar á mis amiges los pobres.

alle a with our chine a ella

¿Me acompañareis, señor cura?

-No puedo disfrutar hoy de ese placer, pero en cambio voy á comunicaros una noticia.

-¿Una buena noticia?-repitió Juana,-¿buena para mí, señor cura?

-Buena al menos para aquellos que tanto interés os inspiran y á quienes llamais vuestros amigos, á los pobres-contestó el sacerdote.

-¿Y cual es la noticia? soy muy curiosa, senor cura; os ruego, pues, que hableis pronto...

-Desde que murió el excelente doctor Gendrou, á quien tuvimos el dolor de perder hace dieziocho meses, y del cual os he hablado várias veces, hay precision de ir á buscar á la cabeza de partido del canton, que está, como sabeis, á tres leguas de aquí, al doctor Verdier, hombre entendido, de quien no podemos tener que decir nada en contra, sino que no se apresura á venir á dejar su casa cuando abriga alguna duda acerca de si le serán pagados sus

-Ya lo sé-murmuró la jóven, -y lo he deplorado con frecuencia.

-Pues bien, señorita Juana; esta situacion se modifica favorablemente.

-¿Como es eso?

-El doctor Gendrou, viudo y sin hijos, ha dejado en su testamento por herederos á unos